Donde las diferencias se encuentran

Sebastián Rodríguez

La tarde es oscura. Gritos, silbidos y explosiones rasgan el aire. El cielo está roto.

Bajo su sombra, hombres corren, chocan, caen. Sus cuerpos se mueven con furia.

Un disparo. Un sonido seco atraviesa el caos. Por un instante, el silencio es total.

Luego, la multitud estalla:

—¡GOOOOOOOL!

En las gradas, aquellos que un día se aniquilaron rugen al unísono. Las cicatrices

de la guerra arden aún, las ausencias pesan, las diferencias persisten. Y, sin

embargo, allí, en ese estadio, lo imposible ocurre, enemigos de antaño comparten

el mismo grito, el mismo latido.

Desde lo alto, observo la escena y entiendo lo que jamás creí posible, la guerra

encontró su tregua en un balón. Ya no éramos bandos. Éramos un solo pueblo con

un solo sueño: ganar la Copa del Mundo.

—¡Papá! ¡Míralo! —exclama un niño, aferrando su gastado guarniel—. Es él… el

hombre que nos desplazó y apagó la luz en los ojos de mamá.

El padre sigue la dirección del dedo tembloroso. Lo ve. Aquel rostro maldecido en

sueños. La sombra que lo condenó al exilio y al duelo. Siente el peso de los años

de odio acumulado.

—¡GOOOOOOOL!

El grito de la multitud lo devuelve al presente. Observa al niño, siente su mano

pequeña y trémula en la suya. Entonces, con voz temblorosa, susurra:

—Hijo, la guerra nos enseñó a odiar, pero este campo nos enseña algo más grande.

Mira a tu alrededor. Hoy compartimos el mismo grito, el mismo aire, el mismo sueño.

Lo que las balas no pudieron borrar, tal vez el juego pueda sanar.

Toma con firmeza la mano del niño. Y, sin apartar la vista del hombre que fue su

verdugo, alza la otra en un gesto de tregua. No por olvido. No por rendición. Sino

porque la verdadera victoria no es destruir al otro, sino aprender a existir juntos.

El árbitro levanta los brazos. Un último silbatazo. Colombia es campeona del mundo.

En medio del estruendo, aquel hombre que sembró llantos y oscuridad comprende

lo impensable, la paz también puede ganarse. No con balas. No con sangre. Solo

hace falta un lugar donde las diferencias converjan.

Un territorio común, unido por un solo propósito.

Un juego.

Un sueño